

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

---

# UNA MAGDALENA.

POEMA DRAMÁTICO.

2.<sup>a</sup> EDICION.

CÁDIZ.

—  
F. DE P. JORDAN, EDITOR,  
1881.



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

2814

UNA MAGDALENA.



ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

---

# UNA MAGDALENA

POEMA DRAMÁTICO.

2.<sup>a</sup> EDICION.

CÁDIZ.

---

F. DE P. JORDAN, EDITOR,  
1881.

721479

---

ES PROPIEDAD.

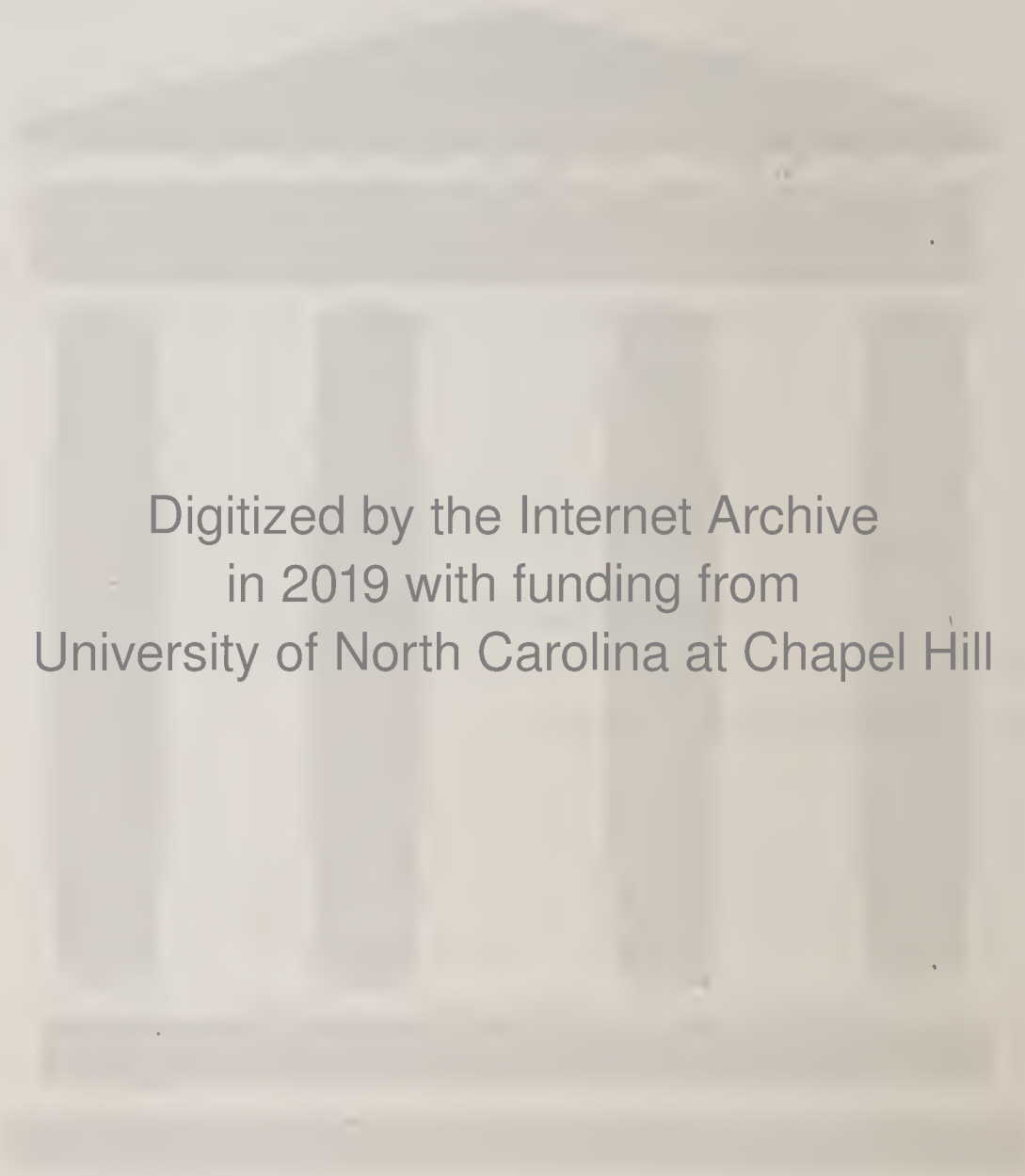
---

A LA ACADEMIA GADITANA  
DE CIENCIAS Y ARTES,

en testimonio de admiracion y cariño, su

PRESIDENTE HONORARIO,

*Romualdo Alvarez Espino.*



Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill



## LUGAR DE LA ESCENA.

---

Pequeño y elegante dormitorio de Magdalena, en un burdel aristocrático.

Lecho lujoso en el ángulo derecho: dos puertas formando también ángulo á la izquierda: la del fondo dá al corredor de salida; la del costado á la sala de recepción y festines de la casa. Del lado acá de esta puerta, una chimenea en que arde un buen fuego con viva llama: y mas aun al proscenio, un espejo de cuerpo. En el fondo, entre los piés de la cama y la puerta, una cómoda, sobre la cual, dentro de una urna, aparece la imagen de Santa María Magdalena, ante la que arde una luz de acéite. En el lado derecho un magnífico ropero, y en primer término un velador con recado de escribir, dos cartas cerradas y un candelabro apagado: junto al velador una pequeña butaca.

---

Al levantarse el telon se oyen carcajadas y voces confusas de hombres y mugeres en la habitacion contigua. Abrese la puerta, por la que entrará cada vez que así suceda, un raudal fuertísimo de luz, y aparece Magdalena elegantísimamente vestida en trage de báile y cargada de flores, lazos y diamantes.

No puedo mas!... Estoy muerta!  
Dí al placer mi último aliento.  
Cuando entra el remordimiento,  
Sale el amor por la puerta.  
¿Quién, corazón, te despierta  
cuando la muerte te alcanza?  
¿Será tal vez la venganza?  
Venganza!... Con qué provecho,  
si las borrascas del pecho  
hacen trizas la esperanza!

Venganza!... Qué disparate!  
No puedo aceptar sus lazos;  
que un corazon en pedazos  
ni aun á la venganza late.  
Tal debió ser el remate  
del torpe vicio infecundo;  
desde el abismo profundo  
devorar, sin luz ni calma;  
la última ilusion del alma;  
la última ofensa del mundo!

Para qué tan nécio encanto?  
Para qué ilusion tan bella,  
si habia de rodar con ella  
entre las ondas del llanto?  
Si hoy juntase tanto y tanto  
como he llegado á gozar,  
á enloquecer y á soñar,  
habría para dar dulzuras  
al mar de mis amarguras,  
mucho mas hondo que el mar!

¡Cuanto amante devaneo  
y cuanta loca impureza  
son grada de la belleza  
para subir al deseo!  
Llego hasta la cumbre, y veo  
que llena el hondo vacío  
ronco el huracan bravío,  
y cáigo al fin derrumbada  
con la carne macerada  
y el corazon seco y frío.

Frio!... Mentira!... Aquel volcan  
que en la montaña flamea,  
y el cielo que centellea,  
dentro de mi pecho están!  
El cráter y el huracan  
son nada en comparacion  
de esta desesperacion,  
cuyo incendio no colora  
mis mejillas, y devora  
terrible mi corazon.

Ir trás de torpes antojos  
llevando con ánsia loca,  
la carcajada en la boca  
y la lascivia en los ojos....  
Sentir desdenes y enojos  
con el amante clamor,  
y darme hastío y horror  
la virtud y la verdad,  
y herirme en la tempestad  
este rayo del amor!...

Sarcasmo cruel parece  
y traicion de la fortuna,  
que hoy ya sin piedad alguna  
me castiga y me escarnece.  
Cuando mi esperanza crece,  
y enamorada me postro,  
y al mundo cruel arrostro,  
entónces coge atrevida  
todo el cieno de mi vida  
para lanzármelo al rostro.

---

Aquí le llevo en el pecho,  
grande, abrasador, hirviente;  
sus llamas hasta mi mente  
suben del abismo estrecho.  
Mas hoy que ruge, sospecho  
que este amor ardiente y santo  
no ha de redimirme, en tanto  
que no broten sin sosiego,  
por dentro lava de fuego,  
por fuera raudal de llanto.

¿Y he de renunciar ahora  
á esta ilusion tan querida,  
cuando vá á encontrar mi vida  
su redencion salvadora?  
¡No es posible!... Si le adora  
el alma con fuego oculto,  
¿no he de perdonar su insulto  
por mucho que me lastime?  
El hombre que nos redime  
mas que amor, merece un culto!

Aunque me abandone impío,  
ni lo extraño, ni me ofende:  
amor que se compra y vende  
llega á producir hastío.  
Nació en lugar tan sombrío  
la pasión que en mí respira,  
que era su vida mentira;  
que afecto que el vicio aliente  
regenera á quien lo siente,  
y avergüenza á quien lo inspira.

¿Quién creyera que hecho trizas  
el corazón corrompido,  
llevára amor escondido  
en sus fétidas cenizas?  
¿Cómo en las inmundas lizas  
del placer y el deshonor,  
soñar pudiera en rigor  
que, ya sin virtud ni calma,  
el postrer giron del alma  
trajera envuelto el amor?



---

Cuando la vida se estrella  
contra el huracan que azota  
y la esperanza se agota,  
brotar suele una centella.  
Nuevo volcan prende en ella  
y hasta las nubes se lanza,  
y la tempestad que avanza  
huye por su aliento herida;  
y es que renace la vida,  
si renace la esperanza.

Muera este amor!... Mas qué digo?  
Muera el suyo, aunque es mi vida;  
que esta pasion escondida  
será mi mayor castigo.  
Yo sus torturas bendigo  
con profunda gratitud,  
pues rompen la esclavitud  
del vicio que dá sonrojos,  
y abren á la luz mis ojos  
y mi pecho á la virtud.

(Suenan gritos y carcajadas en la habitacion contigua.)

Reid, reid desgraciadas:  
dad vuestro oprobio al olvido,  
y que lleguen á mi oído  
vuestras locas carcajadas.  
Cuando sintais desgarradas  
vuestras almas de placer  
y dé la carne en caer,  
se alzarán á vuestros ojos,  
entre lágrimas y abrojos,  
los fantasmas del ayer.

Cuando os gaste el vicio inmundo,  
el mundo os dará tranquilo  
el hospital y el asilo,  
esos sarcasmos del mundo.  
¡Bendito este afán profundo  
que, aunque cruel me taladre,  
no consiente que así cuadre  
con ese cieno maldito,  
muger á quien el delito  
hizo entre sus sombras madre!

Hoy compadezco el error  
de esos ciegos corazones,  
entre cuyas pulsaciones  
nunca están las del amor.  
Yo, mas feliz, con ardor  
en todo mi ser las siento;  
y aunque son crudo tormento  
que habré de llevar conmigo,  
no importa; yo las bendigo,  
que son ellas mi escarmiento.

¿Qué importa la vanidad  
de una amorosa esperanza,  
si con su virtud me alcanza  
la dulce maternidad?  
Ya que torpe liviandad  
manche á la pobre muger,  
la que madre llega á ser  
ha de librarse del cieno;  
que el ángel que vá en su seno  
la purifica al nacer.

Ya me juzgo redimida:  
ya ódio mi pasado triste,  
cuando siento que en mí existe  
un ser á quien dar la vida.  
Mi suerte está decidida:  
huyo y el deber elijo.  
Él me seguirá... de fijo!  
Y si me deja?... Adelante:  
¿quién sin horror vé á un amante  
junto á la cuna de un hijo?

Si las cadenas extrañas  
del vicio rompió la madre,  
defiéndame contra el padre  
el hijo de mis entrañas.  
Y si he de sufrir sus sañas,  
será que las merecí.

(Enciende las velas del candelabro).

Le escribiré; sepa así  
lo que vá á ser de mi suerte:  
y si acaso... vida y muerte  
llevaré juntas en mí.

(Repara en las cartas que hay sobre el velador.)

Mas qué es esto?... Dos cartas!... Es su letra!  
Él me escribe?... Es cosa muy estraña!  
Detente corazon!... Calma: no daña  
el mal que se penetra,  
tanto como el placer traidor que engaña.  
La ilusion, la esperanza construida  
sobre el falso cimiento  
de una frase de amor que vá perdida  
entre las olas del sensual aliento....  
La ventura, la plácida existencia

fundada, con delirio loco y vano,  
en la falaz creencia  
de hallar la redencion de la conciencia  
entre las llamas del amor tirano,  
son nécias ilusiones, mas traidoras  
y crueles mil veces,  
que el cáliz de impurezas roedoras  
que, del placer en las menguadas horas,  
apuré sin pudor hasta las heces.

Algun dardo hay aquí: algun veneno,  
mas mortal todavía que el delito,  
se me brinda á beber en este escrito  
que, aun guardado, circula ya en mi seno.

¿Porqué tiemblo?... Ya sé que no es el grito  
de amor, ni aun de piedad, lo que se encierra  
en esta débil hoja  
que cruel, pero justo, así me arroja  
el hombre solo que adoré en la tierra.

¿No le ví despreciarme?... ¿No le he visto  
los celos provocar en que me abraso,  
sin cuidar de que sufro ni que existo,  
sin ver mi rábia ni mi angustia acaso?  
Respeto y lealtad son cosas vanas,

ratándose de infames cortesanas.

Qué dudo?... Concluyamos. (Leyendo)

«Magdalena:

En el alcázar donde Vénus mora  
al placer se despiertan los sentidos,  
si dura la ilusión mas de una hora,  
si tiene el alma para amar latidos.

Correr tras de la imagen seductora  
el deleite galante y picaresco,  
hallarme con un drama novelesco,  
s lance de mal gusto  
cuya extravagancia no me ajusto.

Ni se puede fundar ningun derecho  
en esas llamas que el placer enciende,  
si deja trás de sí nada en el pecho  
en amor que se compra y que se vende.»

¡Jesús!... Oh!... Qué vergüenza!  
Por la primera vez en roja nube  
la sangre hirviente á mis mejillas sube.  
Pero dice verdad: nada hay que venza  
la ley que rige inexorable al vicio,  
que esconde iracunda

trás del placer un hondo precipicio  
en el que imbécil la muger se hunda.

Razon tiene. Quien es sacerdotisa  
de nefanda deidad libidinosa,  
ha de esconder bajo venal sonrisa  
su afrenta escandalosa,  
y sofocar en largo desvarío  
las protestas del alma y del hastío.

Bien está!... Esa es la lógica tremenda  
del error, del impúdico delirio:  
no es ¡ay! de la virtud solo la senda  
la que conduce el alma hasta el martirio.  
Tambien el vicio con traidor encanto  
arrastra al fondo del dolor sin calma;  
que cuando en sombras se revuelve el alma,  
siempre la bruma se deshace en llanto.

Ví tu traicion; tu deslealtad horrible;  
la sentí cual puñal rasgarme el pecho,  
aun creyendo, ¡infeliz!, que era imposible,  
que pensáras no mas esto que has hecho.

Está aquí, ¡miserable!, tu torpeza:  
dejóle en el papel tu mano impía,  
y al tocarla en su bárbara fiereza,



me parece mas grande todavía  
que mi propia vileza, tu vileza!

Ya me dás compasion!... ¿Ves, insensato,  
como existe abyeccion mas grande y honda?  
Por mucha infamia que en mi ser se esconda,  
nun es mayor la de tu pecho ingrato:

tú, comprador del vicio en alto precio,  
yo que lo he vendido, te desprecio!

¿Qué importan tu riqueza y tu hidalguía,  
si manchadas con el lodo inmundo  
de una perpétua y repugnante orgía?  
¿En tal bajeza te consiente el mundo,  
el cielo encontrará menor la mía.

No me cambio por tí: tengo en mi abono  
mi soledad, mi desdichada suerte,  
la injusticia cruel de tu abandono,  
el hijo que hácia el Cielo me convierte,  
y el amor con que airada te perdono.

Vales ménos que yo. Al cielo plugo,  
por vengar los agravios que tú hiciste,  
a la victima dar, manchada y triste,  
mas grandeza y valor que á su verdugo.

Inútil es del mundo el fallo loco;

inútil su sentencia,  
tus leyes, tu egoismo, todo es poco  
ante el hondo clamor de la conciencia.

Ya lo ves, infeliz: tú, en quién las gentes  
aceptan y hasta aplauden el cinismo,  
esclavo quedas de tu torpe egoismo;  
y yo, que las hallé siempre inclementes,  
salgo al fin, aunque herida, del abismo.  
Para mí hay redención: el llanto amargo  
mis manchas lavará en olas de fuego,  
en tanto que persiste ese letargo  
á que el vicio traidor te arrastra ciego!

Y a queste otro papel... Quién me lo envía?  
¿Qué mas puede aguardar mi suerte impía?

(Abre la otra carta y lee.)

III

«Donde es forzoso se absorva  
del placer el frenesí,  
ya no hay lugar para tí:  
tu maternidad estorba.

»Ni ya mi interés se incita,  
cuando muestras á las gentes  
tus encantos impotentes  
y tu belleza marchita.

»Pero una vez que la suerte  
te ha enriquecido sin tasa,  
busca léjos de esta casa  
mejor vida y mejor muerte.»

¡Oh, qué insulto! El Dios que injurio  
me comienza á castigar.  
¡Huí de mi santo hogar,  
y hoy me lanzan del tugurio!

La muger airada y torva  
que á arrojarme se propasa,  
dice bien: en esta casa  
la maternidad estorba.

No es fácil que al cielo cuadre  
que en semejante guarida  
un ángel venga á la vida  
y una muger á ser madre.

Ni yo tampoco transijo  
con serlo en tal cieno, nó:  
así no he nacido yo,  
ni así nacerá mi hijo!

No están bien en casas tales,  
donde el diablo hace su oficio,  
con los placeres del vicio  
los dolores maternales.

---

Huiré, sí: en distinta esfera  
bien y mal tienen su centro:  
para el pecado aquí dentro;  
para la enmienda allá fuera.

Que estoy marchita!... Que ahora  
no soy al negocio buena!..  
Es porque el vicio envenena;  
es porque el placer devora!

(Se coloca ante el espejo).

Dice bien: ya ese cristal  
no refleja transparente  
mi pura y serena frente;  
mi mirada angelical.

¡Madre de mi dulce amor!  
Si me vieras de esta suerte,  
volvieran á darte muerte  
la vergüenza y el dolor!

Ya se vé la liviandad  
dentro del alma intranquila,  
y es la luz de mi pupila  
rayo de una tempestad.

Ya estoy fea, y es forzoso  
en esta vida sin calma,  
aunque esté deforme el alma,  
que el cuerpo se guarde hermoso.

Como lago en que se imprima  
la vista, mas sin ver lo hondo;  
con mucho cieno en el fondo  
y mucha luz por encima.

Ya no es mi rostro ese lago  
que cruza el placer al vuelo;  
yo llevo en mi fondo un cielo,  
mas por encima el estrago.

Tiene razon: estoy fea:  
ese cristal lo asegura.  
¡Sombras de mi desventura,  
salid, que yo no me vea!

(Apaga las luces.)

¿Y qué importa?.. Oh, Dios! si es esta  
hora para mí de luz,  
ya voy á tomar mi cruz:  
ya estoy al dolor dispuesta.

Mas aguarda; la expiacion  
no se adorna con diamantes;  
deja que los tire, antes  
de empezar mi redencion.

Ni el ser que á la tumba baja  
de estas joyas necesita,  
ni lleva quién resucita  
diamantes en la mortaja.

De estos ricos ornamentos  
las luces esplendorosas  
llamas fueran pavorosas  
de atroces remordimientos.

Hoy las miro con horror  
maldiciendo mi afan loco  
que vendió al mundo en tan poco  
la ventura y el honor.

(Vá despojándose de sus joyas y lanzándolas con supremo desden al suelo).

Cada cual de aquestas perlas  
fué precio de un goce impuro:  
hoy que del pasado abjuro  
espanto me cáusa el verlas.

Sarta de perlas impías,  
cuyos diamantinos broches  
me acuerdan aquellas noches  
de escandalosas orgías,

¡Con cuánta pasión, con cuánta  
me las ciñó amor fatal!  
¡Debísteis de ser dogal  
que apretára mi garganta!

¡Rompan mis manos las trabas  
que las dejaron ociosas,  
para el vicio licenciosas,  
para la virtud esclavas!

¡Caiga tan torpe riqueza  
de mi frente y mi justillo;  
que dá tentacion su brillo,  
y dá su ornato vileza!

¡Joyas que tanto se aman  
y á la muger maravillan,  
en la frente honrada brillan:  
en la criminal infaman!



¡Galas del fausto y la honra,  
cuyas vivas luces várias  
se truecan en luminarias  
que publican la deshonra!

El mundo me las inculpa  
hoy que advierte en mí sus huellas,  
cuando fué cada cual de ellas  
el premio vil de su culpa!

No tiene el mundo razon,  
si con tenaz insistencia  
le dán caza á la inocencia  
la perfidia y la traicion.

Ahí te dejo, mundo nécio,  
gran parte de aquel tesoro  
en que tasas mi decoro:  
¡á él y á tí los desprecio!

Ya, libre de afan prolijo,  
huyo del mal y de tí,  
llevando dentro de mí  
mejor tesoro en mi hijo.

¡Yo te perdono el quebranto  
de mi culpa y de mi duelo;  
bórrenlos hoy para el Cielo  
los raudales de mi llanto!

Voy curada. Mi conciencia  
luz inefable traspasa,  
y he de salir de esta casa  
con trage de penitencia.

(Se envuelve en un ancho manto negro.)

¡Fuera estas flores y lazos!:  
¿para qué las galas esas,  
si vá la carne en pavesas  
y el corazon en pedazos?

(Se repiten las carcajadas).

¿Aun quereis turbar mi calma,  
ecos de mi ayer perdido?  
¿Es que vienen á mi oido,  
ó es que los llevo en el alma? (Risas.)

Vuestro insulto no consiento;  
porque en mi angustia suprema,  
áun tras del muro, me quema  
la bacanal con su aliento! (Risas.)

¡Maldita mi liviandad!  
Maldita casa, maldita,  
que hasta el cieno que vomita  
mancha mi maternidad!

(Abre la puerta de un golpe; las risas se interrumpen, y la luz la inunda completamente, dejando ver su desorden. Se dirige en sus frases al interior.)

Allí está!... ¿Qué el mundo aclame  
á un hombre tal por honrado?  
Asco dá verlo embriagado  
de vicio y lascivia! (Risas). Infame!

Miserable!... El vulgo necio  
podrá respetarte en algo:  
¿ves lo poco que yo valgo?  
pues yo, ¡infeliz! te desprecio!

(Risas. Del interior lanzan una copa que dá en la frente de Magdalena, la cual retrocede y cae de rodillas en medio de la habitación.)

Ah!... Jesús!... Oh, qué baldon!  
Sangre!... Con su copa ha sido!  
Y es él, gran Dios, quien me ha herido!  
¡Bautismo de redencion!

FIN.









